

OLIVIER CLÉMENT

LA ALEGRÍA DE LA RESURRECCIÓN

Variaciones sobre la Pascua

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2016

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Traducción de David Salas Mezquita
sobre el original francés *Joie de la Résurrection*

© Éditions Salvator, Paris 2015

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2016

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tel.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563

ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1927-1

Depósito legal: S. 103-2016

Impreso en España / Unión Europea

Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

<i>Invitación a la lectura</i> , por Armand Puig	9
--	---

PREÁMBULOS

¿Quién decís que soy yo?	19
Pequeña suite pascual	41
La celebración de la Pascua en el rito bizantino ..	41
El domingo como Pascua	46
El sentido de la Resurrección	50
Pascua hoy	54

EL GRAN VIERNES

El camino de la cruz... ..	59
La cruz vivificante	63
La pasión según... ..	69
Del infierno	71
La Llamada	71
¿El infierno derrotado?	73

SÁBADO BLANCO

María oraba	79
Sábado blanco	81
Todo será transfigurado	83
Muerte y resurrección	89

PASCUA

La resurrección	103
¡Cristo ha resucitado!	111
Muerte, vida	115

APERTURAS

El Espíritu, la vida	125
Sobre la oración	129
Apuntes sobre la amistad de Dios	133
Una búsqueda, una apertura	137

INVITACIÓN A LA LECTURA

ARMAND PUIG

I

Olivier Clément fue uno de los grandes pensadores ortodoxos de la segunda mitad del siglo XX. Sus libros contienen altas dosis de teología y de espiritualidad, de Biblia y de liturgia, que se entremezclan con un humanismo cristiano que dialoga sin cesar con la realidad presente y se proyecta hacia el futuro. Sus escritos rezuman por cada línea los dramas del hombre contemporáneo, su búsqueda de sentido, sus dificultades para encontrarlo y sus anhelos de construir un mundo en paz. Esta es, sin duda, una de las razones por las que su obra ha gozado de una muy buena acogida en el mundo católico.

Clément vivió una buena parte del llamado «siglo breve», pues nació en 1921 y falleció en 2009. Como testigo privilegiado de nuestro tiempo, fue capaz de interpretarlo espiritualmente. De hecho, bien puede ser considerado un hermeneuta de los movimientos secretos del Espíritu y, a la vez, de las corrientes subterráneas de mal que atraviesan la historia y la convierten, demasiado a menudo, en un infierno de violencia.

Hay, pues, una profecía en Clément que se manifiesta en su lucidez para individuar lo que él llama las «pasiones-

madre», tanto las irracionales (resumibles en la codicia, el deseo de apropiarse de alguien o de algo), como las racionales (reducibles al orgullo, que «tiende a encorvar toda realidad alrededor del *ego*»). Con todo, lo que principalmente pone de manifiesto su finura espiritual es su propuesta fundamental: la fe en la resurrección como gran esperanza para la humanidad entera. En este sentido, Andrea Riccardi ha recordado en varias ocasiones que la fuerza de la fe pascual de la Iglesia ortodoxa ha sido determinante en el proceso espiritual e intelectual de Olivier Clément. Esta fe brilla en su pensamiento, lo traspasa, lo conecta con las grandes tradiciones de las Iglesias de Oriente, de manera particular a través de su tejido litúrgico, expresión viva del misterio cristiano.

Clément nació en el seno de una familia no religiosa del sur de Francia, muy próxima al socialismo. Vivió la mayor parte de su vida en París, donde ejerció la docencia como profesor de geografía e historia en el Instituto de Secundaria «Louis le Grand», junto a la Sorbona. En 1956, con treinta y cinco años, se convirtió al cristianismo ortodoxo y desde entonces se relacionó con el grupo de teólogos rusos exiliados que se movían alrededor del Instituto «Saint Serge» (París), centro neurálgico del pensamiento teológico de la Ortodoxia en Francia. Gracias a Vladímir Lossky descubrió los Padres de la Iglesia y la historia de Oriente y Occidente, mientras que Paul Evdokímov lo introdujo en los caminos de la filosofía de la religión. El archimandrita Sophrony le presentó la figura de su maestro, el monje Siluán o Silvano del Monte Athos (1866-1938), el santo ruso más importante del siglo XX. Clément conoció de cerca la persona

y la obra de Mat' Maria (Skobtsova), defensora de los niños judíos y mártir durante la ocupación alemana de París, al mismo tiempo que se sintió deudor del ruso Nicolái Berdiaev y del rumano Dumitru Staniloae.

En mayo de 1968, ante la última gran revolución europea, nuestro autor reaccionó publicando *Évangile et Révolution*, libro escrito junto al pastor protestante Jean Bosc y al teólogo católico Marie-Joseph Le Guillou. En octubre de ese año, Clément fue enviado por Ediciones Fayard a la ciudad turca de Estambul (la antigua Constantinopla) para entrevistar al patriarca greco-ortodoxo Atenágoras, que en 1964 se había reunido con el papa Pablo VI en Jerusalén, rompiendo casi mil años de excomuniones mutuas. Como resultado de aquel encuentro entre el anciano patriarca y el joven profesor, salió a la luz un texto clave para entender la historia religiosa y espiritual del siglo XX: *Diálogos con el patriarca Atenágoras*. En él Clément se adentra en los grandes problemas de la fe, de la Iglesia, de la unidad de los cristianos, de la vida humana, y muestra además su sintonía con el venerable patriarca, que desde entonces se convirtió en un verdadero referente para él.

II

Clément no es un teólogo orgánico ni sistemático, un «profesional» de la teología, sino un teólogo forjado en la comprensión del misterio de Cristo muerto y resucitado, que aúna conocimientos teológicos profundos, experiencia creyente y litúrgica de gran calado, reflexión penetrante de la historia y sensibilidad para el presente que le tocó vivir.

Sus libros rebosan metáforas, nexos sorprendentes, trazos vigorosos, perspectivas inusuales. Clément da un gran peso a cada palabra y a cada expresión, su pensamiento discurre veloz entre las coordenadas que lo configuran y consigue relacionar elementos aparentemente dispares.

Clément es un maestro de la evocación y de la invocación, un poeta y un creyente de hondas raíces. Habla de Dios hablando del hombre, y habla del hombre sin disimular jamás la condición de imagen de Dios que está inscrita en el ser humano. El principio teándrico, fundamental en la teología ortodoxa, sostiene su cristología, pero también su antropología y su ética. Clément no disocia las diversas áreas teológicas, hasta el punto de que le repugna trocear sus reflexiones. Es un pensador de síntesis: parte de la teología ortodoxa, pero también de un diálogo constante con la modernidad. Christian Balidita lo ha definido como un hombre con «vocación de *passieur*», de puente entre Oriente y Occidente, entre la modernidad y el mundo antiguo.

Clément es un pensador ortodoxo, aunque su primera identidad sería más bien la de pensador cristiano de tradición ortodoxa. En cierta ocasión alguien le preguntó si era cripto-católico, y respondió así: «No soy ni cripto-católico ni cripto-protestante. Busco simplemente ser cristiano». Estas palabras reflejan sus profundas convicciones ortodoxas, su arraigo en la gran tradición de la Iglesia de Oriente y, a la vez, su condición de hombre abierto al mundo y al contexto eclesial, católico y protestante, con el que necesariamente tenía que relacionarse un humanista europeo contemporáneo y creyente en el Dios de Jesucristo. El diálogo con las religiones –Clément conocía el hinduismo de primera

mano, gracias a un viaje que había realizado a la India— y los intercambios con el mundo francés del agnosticismo y de la laicidad, hicieron de él un personaje poliédrico.

Clément no era un «convertido» de los que reaccionan contra su antigua fe atea —él venía de un mundo sin Dios—, sino un hombre que creía en el diálogo, un pensador ecuménico que sentía la proximidad de las otras confesiones cristianas, un teólogo no clérigo que reflexionaba con enorme libertad. La Iglesia fue siempre su madre, pero no era servil con sus jerarquías. Parafraseando a Juan Pablo II, Clément respiraba con ambos pulmones, el del Oriente y el del Occidente cristianos, pero por sus venas corría la sangre propia de los discípulos de Jesús: su Evangelio.

Clément creía en el método del diálogo, cuidaba la relación con el otro, sabía mirar el rostro del prójimo y escucharle. Para él, la unidad entre los cristianos debía realizarse, porque era preciso que existiera un «fermento de la unidad del género humano», más allá del particularismo de vía estrecha de las Iglesias nacionales, a veces demasiado vinculadas al *establishment* de sus respectivos países y amenazadas por el riesgo de deslizarse hacia el nacionalismo.

III

Los escritos de Clément que se recogen en este libro corresponden a los últimos años de su vida. Como bien subraya Franck Damour, cada vez más Clément tenía una única meta: la luz de la Pascua. Caminaba hacia la muerte, pero no hacia cualquier muerte, sino hacia la luz del Resucitado. Sus textos se iban convirtiendo en poesía, teñida de litur-

gia y espiritualidad. Eran composiciones de un maestro que ha llegado al abismo de su profundidad y a quien ya solo le interesa lo fundamental, lo estrictamente necesario. Su espíritu caminaba en el terreno del misterio. Su Jesús era la misericordia de Dios plasmada en un ser compasivo: el Dios crucificado. Su cristianismo era la energía que permite llegar a lo que él llamaba la «sobremoral», es decir, a la vida, la justicia y la belleza. Su «suite pascual» integraba en una gran respiración el Triduo sacro, la mixtura aromática del Gran Viernes, del Sábado y de la Vigilia Pascual.

Clément nos introduce en el corazón del año litúrgico llevándonos de la mano por las sendas de la Pascua, paradigma del domingo cristiano y anticipación de la alegría sin fin del Reino glorioso. Clément, pensador y creyente, testigo de los infiernos del siglo XX, subraya lo que revela el icono del descendimiento de Jesús a los infiernos, al reino de la muerte, que se convierte desde ese momento en un espacio «lleno de luz». Es el fin de la tiniebla como realidad insuperable, de la separación como destino ineludible. La teología de Clément se concentra en esta frase: «El Espíritu Santo vivifica el cuerpo del Crucificado, que se convierte en el cuerpo eucarístico de la humanidad y del universo».

La síntesis entre teología y liturgia es una constante de la Ortodoxia. Como lo es, en el caso de Clément, la síntesis entre la Tradición y la historia presente, según se aprecia en estos versos dedicados al Viernes Santo:

El mal no es un simple caos
como si la nada se removiera,
sino una inteligencia perversa
que quiere hacernos dudar.

Este mal, de raíces profundas en cada ser humano, pierde su fuerza ante la luz de la resurrección que inunda el cosmos entero. Por esta razón, Isaac de Nínive, uno de los autores de referencia de Clément, escribe: «El pecado consiste en no comprender la gracia de la resurrección».

Clément se dejó inundar por esta gracia. Él fue un hombre interior, un *hombre pascual*, que vivió las palabras de Simeón el Nuevo Teólogo: «Sé que no moriré, pues estoy dentro de la vida».